

IMAGINARIO Y AUTOSABOTAJE

Alejandro Paiva

alejandro.paiva@fic.edu.uy

Profesor de Filosofía y ayudante del Departamento de Teoría y Metodología de FIC/UdelaR.

Imaginarios e institución

Uno de los desarrolladores del concepto de imaginario fue Cornelius Castoriadis. Quien plantea que los imaginarios sociales pueden ser vistos como una serie de respuestas que una sociedad se da a sí misma mediante las prácticas y discursos de sus individuos. Son respuestas a preguntas de fondo como ¿Quiénes somos como colectividad? ¿Qué somos nosotros el uno para el otro? ¿Qué queremos, qué deseamos? ¿Qué nos hace falta?

Esto es debido a que “la sociedad debe definir su identidad, el mundo, sus relaciones con él y con los objetos que contiene, sus necesidades y sus deseos” (Castoriadis [2013: 236]). La idea es que en las propias prácticas sociales nos damos una respuesta de hecho a tales cuestiones. En otras palabras, las necesidades que una sociedad se plantea como legítimas son en gran medida una elaboración cultural. Para justificar esto Castoriadis dice que no hay posibilidad de una interpretación objetiva de la elaboración cultural ya que “no se conoce ninguna sociedad en la que la alimentación, el vestir, el hábitat, obedezcan a consideraciones puramente utilitarias o racionales” (Castoriadis [2013: 241]).

“El hombre no puede existir sino definiéndose cada vez como un conjunto de necesidades (...) y si las supera es porque salen de él mismo, porque él las inventa, porque por lo tanto, él las hace haciendo y haciéndose, y porque ninguna definición racional, natural o histórica permite fijarlas de una vez por todas” (Castoriadis [2013: 218]).

Castoriadis critica la concepción económico-funcional de las instituciones. En el sentido de que es una visión de su naturaleza donde cualquier institución o práctica colectiva puede comprenderse por la función que cumple en la economía de la vida social. Así, hay que comprender que históricamente en las sociedades han surgido ciertas necesidades de que tal o cual función se cumpla y para ello se crean las instituciones correspondientes.

Pero esta visión tiene un supuesto y es que se insiste en que hay una correspondencia entre la institución y las necesidades reales de la sociedad considerada. De modo que opera un reduccionismo de lo social a una función institucional. Para observar este problema Castoriadis nos dice que pensemos en los casos en que existe cierta necesidad en la sociedad y las funciones no se cumplen generando consecuencias catastróficas para tal sociedad.

Además hace notar otro problema: ¿Cuáles son las necesidades reales de una sociedad? ¿Cómo las definimos?

Por tanto, “la visión funcionalista no puede cumplir su programa más que si se otorga un criterio de la realidad de las necesidades de una sociedad” (Castoriadis [2013: 186]). Es decir, las necesidades sociales, los problemas de una sociedad, se satisfacen cumpliendo ciertas funciones pero “no se reduce a esto, ni sus maneras de hacer frente a sus problemas le son dictadas de una vez por todas por su naturaleza; la sociedad inventa y define para sí tanto nuevos modos de responder a sus necesidades como nuevas necesidades” (Castoriadis [2013: 186]).

Para hacer esto las sociedades tejen un sentido utilizando herramientas de simbolización. Dice Castoriadis que “lo simbólico es la manera de ser bajo la cual se da la institución” ([2013: 186]). Así todas las cosas que se presentan a nosotros como el trabajo, el consumo, la guerra o el amor, no existen fuera de una red simbólica.

La concepción de que lo simbólico es algo neutro, que se adecua a un cierto funcionamiento de la realidad no tiene sentido para Castoriadis, ya que el simbolismo no puede tomar sus signos arbitrariamente. Así

como un individuo se enfrenta a un lenguaje ya constituido, también en el plano social existe un orden simbólico. Dicho orden no es libre, debe tomar su contenido a partir de lo que ya se encuentra (Castoriadis [2013: 194]). Castoriadis ilustra este punto con el ejemplo del León:

“para una sociedad que conoce la existencia del león, este animal significa fuerza. La melena asume a la vez para ella una importancia simbólica que jamás ha tenido probablemente entre los esquimales. Pero esto es también la historia, dice.” (Castoriadis [2013: 194])

Por tanto la constitución del simbolismo no se puede reducir a una definición cerrada, estable. Es decir, el contenido de la vida social se da siempre a través de instituciones, en el sentido de “maneras de hacer universales, simbolizadas y sancionadas” (Castoriadis [2013: 199])

Por otra parte, Castoriadis habla del contenido imaginario de lo simbólico para referirse a “la capacidad de ver en una cosa lo que no es” (Castoriadis [2013: 204]). Lo simbólico sirve para generar una unidad articuladora que permita darle sentido a las representaciones en general. Así “las instituciones encontraron su fuente en lo imaginario social. Este imaginario debe estructurarse con lo simbólico, de lo contrario la sociedad no hubiese podido reunirse, y con lo económico-funcional, de lo contrario no hubiese podido sobrevivir” (Castoriadis [2013: 211]).

Las instituciones forman una red simbólica, pero remiten a otra cosa, porque ante una interpretación simbólica de lo institucional cabría preguntar por qué este sistema de símbolos y no otros. 3

Dice Castoriadis que la funcionalidad toma su sentido fuera de ella, que el simbolismo se refiere a algo que no está entre lo simbólico ni entre lo real-razional sino en lo imaginario de la sociedad como un elemento de orientación, de conexión de las redes simbólicas, de la manera de ver y hacer de lo institucional (Castoriadis [2013: 234]).

Por lo tanto, los imaginarios sirven para generar creencias y valores que repercuten en la conducta de toda la sociedad gracias a su estructuración colectiva, ya que hace posible la legitimación de prácticas comunes. El imaginario se manifiesta tanto en las ideas como en las acciones de los individuos. Para ello se sirve de su instalación en las instituciones. Las instituciones brindan la orientación de la sociedad, marcando normas y fines para un grupo de personas. Constituyen la estructura económica, jurídica, educativa, etc. Así la conducta individual apunta a satisfacer los estándares que fija la institucionalidad, no sólo como normas de procedimiento sino como modelos de aspiraciones en lo político, económico, educacional, etc. El hecho de la mediación institucional implica compartir sistemas simbólicos que dan sentido a los discursos y prácticas para generar maneras de ver y hacer en el mundo, valores morales y epistemológicos, metafísicos, estéticos. Gracias a los símbolos la sociedad articula su identidad, su autorepresentación y con ello establece un orden social vigilado por el funcionamiento factico-normativo de las prácticas y los discursos sociales. Se produce así una regulación institucional que distribuye relaciones de poder en el orden social.

Institución y Poder

Hemos dicho que según Castoriadis las instituciones pueden definirse como “una red simbólica, socialmente sancionada” (Castoriadis [2013: 211]). Lo cual nos lleva a la pregunta sobre cómo se legitiman las normas institucionales. Michel Foucault ha desarrollado esta cuestión. Intentó dar cuenta del sistema moderno de poder o como él le llama “disciplinamiento”. En este sentido, dice que el sistema moderno de control social se caracteriza más por el autodisciplinamiento y las actitudes autoreformadas que por un modelo de castigo físico impuesto externamente. El control social tiene por objetivo clasificar a los sujetos según su relación con ciertos estándares requeridos. Así tener control es tener claro quién es normal y quien no lo sea debe ser corregido. En el enfoque foucaultiano de las instituciones de nuestro tiempo las cuestiones morales y epistemológicas están articuladas por relaciones de poder.

Foucault habla de relaciones de poder para referirse a la capacidad que tiene una persona de incidir en la acción de otra o de un grupo sobre otro. El poder opera generando una identidad, donde se impone una verdad que se debe reconocer tanto por uno mismo como por los otros. Pero no se puede hablar del poder como un absoluto, sino que se expresa en prácticas sociales, nace y se transforma en las acciones de unos sobre otros. Por eso uno de sus requisitos es la premisa de la libertad individual.

Las instituciones producen y gestionan discursos cuyos objetos aparecen y son ubicados según categorías que reflejan un cierto orden social. Esto que puede sonar extraño significa que en la modernidad surgió

una conciencia de nuestra propia limitación epistémica que no puede independizarse de las categorías subjetivas para explicar el mundo empírico. Estas categorías de conocimiento y verdad funcionan como criterios que sólo podemos evaluar bajo un modelo complejo que incluye tanto relaciones causales como relaciones de poder.

Por lo tanto, según Foucault no podemos justificar un discurso sólo en virtud del conocimiento que arroja, sino que debe ir acompañado siempre por una comprensión del espacio para la generación de un orden social.

Los Millennials: un imaginario contemporáneo

Los Millennials es el nombre que se le dio al cohorte generacional de las personas nacidas entre el año 1981 y 2000, también conocida como generación Y. Como toda generación tiene sus expectativas, valores, necesidades y deseos. En otras palabras, su imaginario.

Una de las características de esta generación es su relación de cercanía con sus padres y educadores. Se dice que los padres han ejercido una función de crianza activa que dio lugar a un sistema de apoyo y tuvo como consecuencia una infancia más programada. Tanto padres como educadores han estado más involucrados y disponibles en la vida de los Millennials. Este hecho tuvo algunas consecuencias importantes para el imaginario de esta generación:

Una fue un mayor empoderamiento como individuos y los llevó a generar fuertes expectativas sobre su futuro financiero. Otra fue una creación de una atmósfera social más tolerante y diversa gracias al acceso a un mayor grado de educación y al contacto permanente con la información que favorece un mayor grado de deliberación. También su relación con el trabajo se visualiza como más dinámica, gracias a su tendencia a probar nuevos empleos o ciudades y posponer relaciones serias o matrimonios. Esto tiene que ver con que esta generación ha participado de los modelos de tercerización y reestructuración corporativa que los conduce a tener que trabajar con más de un empleador. Por todo esto se los suele comparar con la generación de sus abuelos conocida como la “gran generación” a causa de una actitud similar de “puedo hacer” de la generación de la segunda guerra mundial. Como todo imaginario puede ser criticado y es posible promover su modificación.

Crítica al imaginario de los Millennials

Una de las críticas más conocidas al imaginario contemporáneo ha sido desarrollada por la obra de Han Byung-Chul. Aquí sólo me voy a referir a su libro “La sociedad del Cansancio”. Byung sostiene que la sociedad contemporánea funciona bajo el paradigma del imperativo del rendimiento y esto se refleja en las creencias que asumen los individuos. El sujeto se autoexplota al someterse a las constricciones de las necesidades de un imaginario cuya ley dice lo siguiente: si puedo rendir más entonces debo rendir más.

“La sociedad de rendimiento, como sociedad activa, está convirtiéndose paulatinamente en una sociedad de dopaje (...) El dopaje en cierto modo hace posible un rendimiento sin rendimiento. Mientras tanto, incluso científicos serios argumentan que es prácticamente una irresponsabilidad no hacer uso de tales sustancias. Un cirujano que, con ayuda de nootrópicos, opere mucho más concentrado, cometerá menos errores (...) El reverso de este proceso estriba en que la sociedad de rendimiento y actividad produce un cansancio y un agotamiento excesivos” (Byung-Chul Han [2012: 71-2])

Conclusión

En nuestra época las relaciones de poder nos clasifican entre exitosos o fracasados, resilientes o depresivos; es decir que lo normal no prohíbe sino que no marca límites, vivimos bajo una constante desregularización que promueve la productividad. Así como necesitamos más cosas, deseamos más cosas, también debemos ser más productivos. Byung denomina “Animal Laborans” a este nuevo imaginario donde la depresión por no poder verse a sí mismos como rendidores hace que el poder actúe sin coacción externa sino voluntariamente. Aquí hay un autosabotaje porque son nuestras convicciones compartidas mediante un imaginario de rendimiento las que producen esa forma de violencia neuronal como la fatiga, el agotamiento, el estrés, etc.

Bibliografía

- Byung-Chul Han (2010). La sociedad del cansancio. Herder, Barcelona [2012].
- Cornelius Castoriadis (1975). La institución imaginaria de la sociedad. Tusquets, México [2013]
- Foucault, Michel (1966). Las Palabras y las Cosas. SXXI. Madrid [1997].
- (1969) La arqueología del Saber. SXXI. Bs. As [2004].
- (1979) Microfísica del Poder. Ed. De la Piqueta, Madrid [1991].
- R. G. Delcampo; L. A. Haggerty; M. J. Haney (2011). Capítulo 2: “Millennials” en Managing The Multi-Generational Workforce. Gower.